Ramón

Díaz Eterovic

Muchos gatos para un solo crimen

Lectulandia

Tres cuentos y un ensayo dan cuerpo a este libro de Ramón Díaz Eterovic. Los cuentos muestran al detective Heredia resolviendo casos muy similares a los que despacha en sus novelas. En cuanto al ensayo, se trata de una genealogía del propio Heredia, donde se enfatiza su amistad con Simenon, el incansable gato que lo acompaña en sus correrías, bautizado así en honor a Georges Simenon, uno de los padres de este tipo de literatura.

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

Muchos gatos para un solo crimen

Detective Heredia - 11

ePub r1.0
Titivillus 24.04.16

Título original: *Muchos gatos para un solo crimen*
Ramón Díaz Eterovic, 2005
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis queridos amigos
Inés Valenzuela y Franklin Quevedo.

Índice

- Por amor a la señorita Blandish
- Vi morir a Hank Quilan
- Muchos gatos para un solo crimen
- Heredia y su gato Simenon

Por amor a la señorita Blandish

Como en la canción de Serrat, poco antes de que dieran las diez, el hombre entró a la oficina de Heredia. Era una mañana limpia que anunciaba el inicio de un día caluroso, bueno para las lagartijas y para los ancianos de huesos secos, pero no para Heredia, que prefería las tardes grises de otoño y odiaba los días cálidos tanto como a las moscas y los tragos dulces.

Heredia observó al visitante y le llamó la atención que no fuera como el tipo habitual de cliente que llegaba a contratar sus servicios. Sintió invadida la polvorienta intimidad de su oficina y pensó que hasta era posible que el extraño se hubiera equivocado de piso. Aquel era un hombre pulcro, diferente a las ancianas que llegaban a pedirle que encontrara a sus gatos regalones, o de los ejecutivos que lo contrataban para conocer los pasos secretos de sus mujeres. Inquieto, se acomodó en su sillón, al tiempo que arreglaba el nudo de su corbata color caca de guagua, como le decían las bailarinas de la calle Aillavillú cada vez que él llegaba a los cabarés con el pretexto de andar tras las huellas de un ratero de poca monta.

—¿Heredia? —preguntó el extraño luego de acercarse al escritorio metálico que ocupaba un rincón de la habitación y de evaluar el aspecto del detective; su rostro sin afeitar, sus dedos amarillos por la nicotina, y sobre todo, el desgano que se le acumulaba en los párpados.

—Yo soy —confirmó el detective—. ¿Qué necesita?

—Pensé que sería de otra forma —dijo el hombre, sin precisar si se refería al aspecto de Heredia o al de la oficina.

—¿Quiere explicarse? No tengo mucho tiempo —mintió Heredia, algo confundido con el comentario del visitante.

—No sé si será lo que desea la señora, —se preguntó a sí mismo el hombre.

Más tarde, Heredia se enteró que el hombre se refiría a su patrona, una ricachona poco dada a gastar en cosas tan inusuales como los honorarios de un detective privado. Heredia sabía que en la ciudad existían tres o cuatro agencias de investigadores de buen nivel. Tipos altos y rubios, lindas secretarias y muchos aparatos electrónicos. Pero todo eso costaba su peso en oro, y para quien no podía, o no deseaba pagar ese precio, no cabía otra opción que contratar los servicios del detective mapochino.

—¿Quiere explicarse? —volvió a preguntar Heredia.

El hombre pulcro siguió sin darse por aludido. Examinó una reproducción de Hopper colgada junto a la puerta, y siempre tieso y resuelto, salió de la oficina sin agregar una palabra.

«Hoy es el día libre de los locos», pensó el detective.

Cinco minutos más tarde, el misterioso visitante regresó acompañado de una mujer gorda, recubierta de pieles y cremas. Colocó una silla frente al escritorio del detective, y luego de limpiarla con un pañuelo, se la ofreció a la mujer.

—La señora de Arizmendi —dijo el hombre.

Heredia se sintió abofeteado por el dulzón perfume de la gorda e intentó sin éxito abrocharse el cuello de su camisa. Necesitaba hacer algo de ejercicio o comprarse camisas de una talla superior. Pensó que la segunda alternativa era la más cuerda y que tendría que darse un tiempo para recorrer las tiendas de ropa americana del barrio.

—Necesito que investigue a una persona —dijo la mujer.

Su voz era fuerte y seca. Voz acostumbrada a mandar y ser obedecida. A Heredia le recordó los graznidos de su profesora de matemáticas en el liceo. La había odiado tanto que, aun después de treinta años, seguía sintiendo deseos de estrangularla. Por eso, o porque la mujer olisqueaba, no le resultó simpática.

—Se trata del marido de la señora —intervino el hombre pulcro. Las palabras le brotaron con dificultad, como si la sola mención del esposo le provocara una arcada irreprimible.

—El típico engañito —comentó Heredia, feliz de conocer un punto débil en la mujerona y su acompañante.

—Existen razones fundadas para creer que el esposo de la señora mantiene relaciones ilícitas con otra persona —agregó el secretario.

Heredia solía negarse a recibir casos de adulterios. Seguir las huellas de tipos calientes y olisquear calzoncillos le parecían actividades reñidas con el molde de investigador privado que solía encontrar en las novelas. Pero como aquello no era una ley y los casos importantes ni siquiera rozaban la puerta de su oficina, aceptaba que las referencias literarias eran una cosa y la necesidad de parar la olla, otra. Las normas rígidas no pagaban ni un puto bocadillo y estaba bien que se quedaran aprisionadas en los textos de los leguleyos.

—Veinte mil por día más los gastos —dijo el detective y pensó que de inmediato vendría el habitual regateo y que si conseguía la mitad de lo pedido haría un buen negocio.

—Conforme —dijo el hombre pulcro, y Heredia no pudo evitar que una mueca de asombro apareciera en su rostro.

—¿Será discreto? —preguntó la mujer.

—Como una piedra.

—¿Y rápido?

—Todo lo que pueda, señora. Aunque le advierto que en mi oficio la eficiencia está relacionada con la buena suerte.

Lo primero que hizo Heredia con el dinero que dejó la pareja fue entrar a un bar y pedir una amable copa de vino. Y mientras bebía trató de imaginarse la clase de sujeto que sería ese tal Francisco Arizmendi a quien debía seguir, y si era preciso, delatar. Leyó dos veces la dirección escrita en la tarjeta que le diera la mujer y se dispuso a viajar hacia Las Condes.

Seguir a una persona siempre le resultaba tedioso. Más aún si para hacerlo debía

abandonar las veredas conocidas de su barrio. Muchas veces debía permanecer sentado largas horas frente a un edificio, o ver cómo el investigado se banqueteaba en un restaurante, y finalmente, si andaba con suerte, seguirlo hasta un hotel.

Una porquería de trabajo, pensó mientras salía del Metro y sus ojos quedaban prendidos en la vitrina de un bar. Luego de luchar contra la tentación siguió su camino, aspirando a pulmón lleno el aroma a vida distinta que se deslizaba por las calles del elegante barrio santiaguino. Una porquería de trabajo, masculló al entrar en el edificio donde se hallaba la oficina de Arizmendi y tropezar con un par de muchachas perfumadas que lo miraron con evidente desconfianza. Un buitre entre palomas, se dijo al tiempo que ponía en funcionamiento el ascensor.

Apenas entró en la antesala del despacho de Arizmendi, una secretaria seca y nervuda lo inmovilizó con un grito, mitad reto y mitad desprecio.

—Vengo por el aporte del señor Arizmendi a la caridad de la virgen del Sagrado Socorro —dijo, de corrido, mientras examinaba el escritorio ocupado por la mujer.

—¿Qué cosa? —preguntó la secretaria con su mejor cara de lechuza encandilada.

—El Sagrado Socorro —repitió Heredia.

—No estoy enterada de esa donación —contestó la mujer con el mismo asco que si hubiera estado mascando moscas.

Heredia pensó que era imprescindible sacar a la mujer de la oficina y mirar el contenido de una agenda que estaba junto al teléfono.

—¿Tal vez en el archivo? —insistió, y cuando la secretaria le dio la espalda para revisar un kárdex, sacó un cortapluma de su chaqueta y de un tajo, silencioso y diestro, cortó el cordón del teléfono.

—Nada —dijo la mujer.

—¿Por qué no le consulta al señor Arizmendi? —preguntó el detective.

La secretaria probó comunicarse por el teléfono y no tuvo suerte. Molesta, se puso de pie y se encaminó hacia la oficina de su jefe. Heredia no perdió su tiempo. Sus dedos ágiles tomaron la agenda. Reuniones de sol a sol, comidas con otros empresarios, inversiones en la Bolsa, tenis y unas citas en la Empresa Moltedo que se repetían invariablemente tres veces por semana y a un horario poco común. Tuvo la intuición de que sus dardos daban en el blanco y antes de que contara hasta diez, sus pasos se dirigían a ganar el ascensor que lo devolvió al ajetreo de la calle y al deseo repentino de beber una cerveza. Reprimió el deseo y con aparente despreocupación se acercó al estacionamiento de autos que existía en los bajos del edificio.

—Bonitos autos los que le toca cuidar —comentó al vigilante.

—Bonitos —contestó el otro. Un muchacho de aspecto pesado y sucio que parecía buscar cada palabra dentro de un pozo muy profundo.

—El del señor Arizmendi debe ser uno de los mejores —agregó Heredia.

—Sí, de los mejores —afirmó el muchacho, al tiempo que indicaba un Mazda verde estacionado a pocos metros de donde se encontraban.

Heredia sonrió y puso un cigarrillo en sus labios.

Acababan de dar las dos de la tarde y el sol caía sobre los techos de los autos estacionados. Un hombre moreno, alto y delgado, se acercó con paso seguro y se introdujo en el Mazda. Cincuentón, pensó Heredia y se le vino a la memoria la imagen de su abultada clienta. Arizmendi y su esposa eran la pareja imperfecta del año y una infidelidad entre ellos era tan fácil de imaginar como decir que después del día viene la noche. Satisfecho por lo averiguado, Heredia se encaminó de regreso a su oficina, y durante media hora estudió la guía telefónica buscando la dirección de la Empresa Moltedo. No existía ninguna empresa con ese nombre. Heredia sintió en su mano derecha el cosquilleo inexplicable que le daba cada vez que lograba establecer una pista correcta.

A las siete de la tarde del día siguiente, Heredia se encontraba vigilando el auto de Arizmendi. Saludó al cuidador del estacionamiento, le invitó un cigarrillo y luego le presentó a Sorrel, un amigo taxista a quien había pedido ayuda para seguir adelante con la investigación.

—Raro tu trabajo, Heredia —le comentó el taxista mientras aguardaban la salida del empresario.

—¿Qué tiene de raro?

—Esto de espiar a la gente no me parece bueno.

—No, no es nada bueno —contestó Heredia.

—¿Y por qué lo haces?

—¿Estás de filósofo, Sorrel? Supongo que es porque no tengo pasta para cantante de tangos.

—Creo que estás un poco chalado —dijo el taxista.

Cuando Arizmendi llegó al estacionamiento, Heredia dio un codazo suave a su acompañante y éste se puso a la siga del Mazda a través de avenidas atestadas de autos. Después de media hora llegaron a un edificio de departamentos. Heredia apagó el cigarrillo que estaba fumando y se permitió la pausa de una sonrisa.

—Ya te puedes ir —dijo a Sorrel, cuando vio bajar al empresario del Mazda. Enseguida, y antes que el taxista pusiera en marcha su vehículo, tuvo que correr para igualar los pasos de Arizmendi y conseguir entrar en el ascensor. El empresario lo miró de reojo sin que nada de la figura del detective lo hiciera sospechar. Cuando el elevador se detuvo, Heredia le dio la pasada y simulando buscar un papel en su chaqueta, ganó la distancia adecuada para seguirlo sin despertar curiosidad. Arizmendi sacó una llave de su chaqueta y con ella abrió la puerta del departamento 1010. Heredia lo vio desaparecer hacia el interior de la vivienda. Más tarde, al salir del edificio descubrió a un costado de la entrada principal una placa con el nombre «Edificio Moltedo». Volvió sobre sus pasos y dio un vistazo a los casilleros postales ubicados junto a la escalera de emergencia. El departamento 1010 correspondía a una señorita de apellido Blandish. Tiro y fama, se dijo, y luego comenzó a caminar hacia la estación más cercana del Metro.

A primera hora del día siguiente, Heredia llamó a Sorrel y camino al departamento de la señorita Blandish adquirió un ramo de flores.

—¿De aniversario con alguna novia? —le preguntó Sorrel al verlo subir al taxi con las flores.

—¿Una minita? —insistió el taxista viendo que Heredia guardaba silencio.

—Nadie te contrató para hacer preguntas —respondió el detective—. Cierra la boca y limítate a conducir lo mejor que puedas.

Heredia había visto muchas mujeres hermosas en su vida. En la televisión, en los carteles de publicidad y sobre todo en las revistas de cine que había leído en sus tiempos de estudiante. También era capaz de diferenciar un culo generoso de otro plano y admirar el color radiante de unos bellos ojos, pero jamás había estado tan cerca de una mujer hermosa, como esa mañana cuando golpeó la puerta del departamento de la señorita Blandish.

—¿La señorita Blandish? —preguntó, balbuceante.

La morena de ojos negros dijo que sí, con una sonrisa que se expandió por los pasillos, tomó el ascensor, salió a la calle y caracoleó entre los transeúntes como una ola.

—Flores para usted —agregó Heredia y tardó más de la cuenta en reconocer que la mujer había cerrado la puerta y que entre sus manos solo tenía un billete de mil pesos que la señorita Blandish le había dado como propina.

Heredia ya no era el mismo de todos los días cuando regresó a su oficina. Le pareció más grande su escritorio, el polvo menos gris, y estuvo largos minutos frente a un espejo ejercitando su mejor sonrisa. Por la tarde, la realidad lo llamó por el teléfono. Tenía la voz del hombre pulcro inquiriendo un informe de la investigación. Heredia no quiso decirle nada acerca del departamento ni de la belleza de la señorita Blandish. Su estilo de trabajo le imponía reservar los detalles para el informe final. Gozaba con la impaciencia de sus clientes y con la atención que colocaban a cada una de sus palabras. Se despidió del hombre pulcro con vagas promesas de éxito y al querer regresar al recuerdo de la señorita Blandish, la idea de cumplir con su trabajo lo golpeó en la cabeza con la suavidad de un martillo. Se comunicó con la mujer y le dijo que era el nuevo secretario de Arizmendi y que tenía el encargo de invitarla a cenar al «Danubio Azul». Enseguida llamó al empresario y le contó la historia a la inversa. Lo demás fue sencillo. A la hora convenida los amantes se encontraron en el lugar de la cita, y luego de la sorpresa inicial, se sentaron a beber un aperitivo. Heredia, que aguardaba en un rincón apartado del restaurante sin otra compañía que un vaso de whisky, irrumpió entre las mesas y en el momento en que los amantes se besaban disparó su Polaroid con certeza. Luego se escurrió como una sombra, eludiendo a los mozos que el empresario lanzó en su captura.

Poco antes que dieran las diez de la mañana, el hombre pulcro y su patrona entraron en la oficina del detective. Heredia había pasado la noche en vela, luchando

con su conciencia y jurando que nunca más aceptaría otro trabajo de la misma índole.

La imagen de la señorita Blandish se contraponía a cada instante con el mal recuerdo de sus clientes. Al final, los había llamado por teléfono, decidido a enfrentarlos y romper la burbuja que envolvía su corazón.

—He terminado mi trabajo —dijo en voz baja.

—¡Ya era hora! —exclamó la mujer.

—¿Y bien? —apuró el hombre pulcro.

Heredia jugueteó un momento con el sobre que tenía entre sus manos, y en el cual estaba la foto y la ruina de la señorita Blandish.

—No hay nada —dijo, disfrutando las muecas desencantadas de la pareja, y sin importarle el lugar común de sus palabras, agregó—. Su marido es inocente como una blanca paloma.

Minutos después, cuando la pareja se hubo marchado de la oficina, Heredia contempló por última vez la fotografía. Volvió a ponerla dentro del sobre, hizo una bola y la clavó limpiamente en el papelero. Enseguida, sacó de su escritorio un ajado ejemplar de las *Cartas* de Raymond Chandler y leyó donde decía: «Todos los tipos duros son irremisiblemente tiernos de corazón». Se acomodó lo mejor que pudo en su sillón, y buscando soñar con la señorita Blandish se durmió con la tranquilidad que le daba el trabajo cumplido.

Vi morir a Hank Quilan

A Mauro Yberra
que sabe de cine
y novelas policiales.

1

En aquellos días Santiago mostraba el aspecto abandonado y tranquilo que adquiere cuando la mayoría de la gente toma sus vacaciones veraniegas y sale en avalancha hacia la playa o el campo. Había terminado un trabajo relacionado con la muerte de un crítico literario y tenía dinero para sobrevivir hasta el fin del verano, sin preocuparme por el arriendo de mi departamento ni de la comida diaria de Simenon.

Una tarde fui al Cine Liberty a ver una copia remozada de *Sed de Mal*, película de Orson Welles que había visto años atrás y de la que recordaba la escena donde Hank Quilan, gordo, alcohólico y derrotado, luchaba contra el deseo de beber una copa, mientras enfrentaba a Marlene Dietrich, su bella amante de otra época. En la sala había quince espectadores y un gato dormitando en medio del pasillo. Al término de la exhibición entré a un bar y bebí una cerveza tan gélida como la sonrisa de Boris Karloff. Después regresé a mi departamento con la tristeza del que se ha visto en un espejo implacable. Me acosté, oí a Chet Baker y me dormí arrullado por el calor de la noche.

Semanas después vino a verme la madre de Elisa Campos. Era una mujer joven, ojerosa y pálida. Cuando entró a la oficina no parecía muy convencida de los pasos que estaba dando. Advertí su nerviosismo y esperé a que se armara de valor para explicarme el motivo de su visita. Observó el interior de la oficina y se detuvo frente al afiche de Laurel y Hardy que colgaba en uno de los muros.

—¿Le gusta el cine? —preguntó, esbozando una sonrisa atravesada por la tristeza.

—Desde que vi a Chaplin por primera vez. Me eduqué en un orfanato donde nos llevaban, dos o tres veces al año, a un cine de barrio en el que exhibían programas triples. Mis favoritas eran las cintas de vaqueros protagonizadas por Randolph Scott y Gary Cooper. En ese tiempo tenía fe ciega en los jovencitos de las películas. Ahora ya no.

—Mi hija Elisa era fanática del cine. Su dormitorio aún está lleno de fotos de

artistas famosos.

—¿Por qué habla de ella en tiempo pasado?

—Mi hija está muerta. La asesinaron a la salida de un cine.

—Lo siento —dije y desvié la mirada hacia la ventana, sin saber qué más decir.

El día estaba caluroso y el sol entraba en la oficina con entusiasmo. La madre de Elisa se acomodó en una silla y extrajo de su cartera un pañuelo con el que secó sus lágrimas.

—¿En qué puedo ser útil? —pregunté.

—Atrape al que mató a Elisa.

—¿Fue a la policía? —pregunté sin muchas ganas de inmiscuirme en un nuevo caso.

—Una y otra vez. Siempre dicen que están investigando y que no debo perder la esperanza de encontrar al culpable. Estoy harta de sus excusas. Por eso seguí los consejos de una amiga y busqué un detective privado en las páginas amarillas.

La mujer volvió a hurgar en la cartera y del interior sacó unos recortes de prensa que dejó a mi alcance, sobre el escritorio. Algunos ya los había leído, porque el caso del «psicópata de Hollywood» —como le llamaban los periodistas— ocupaba profusamente las crónicas rojas de los diarios.

—Cuatro mujeres en los últimos ocho meses —comentó.

—¿Cuándo y dónde asesinaron a su hija?

—La noche anterior al día de San Valentín; a la salida del Cine Liberty.

—¡La misma noche que vi morir a Hank Quilan!

2

Cuatro mujeres, de veinte a treinta años, habían sido ultimadas sin una razón aparente. Tres de ellas tenían la costumbre de ir solas al cine y las cuatro habían muerto en los alrededores de las salas de exhibición, mientras regresaban a sus casas. La prensa daba cuenta detallada de los asesinatos, recogía los vagos testimonios de los testigos y acentuaba el misterio que rodeada las muertes, sin atreverse a formular hipótesis acerca de la causa. De la policía se decía lo habitual. Que seguía las pistas y avanzaba hacia una pronta resolución de las pesquisas. La verdad —leída entre líneas — parecía ser que estaba tan perpleja como yo al terminar de leer los recortes.

La rabia y la impotencia me llevaron a investigar. La rabia de estar en el lugar de los hechos y no haber percibido la proximidad del crimen; la impotencia de conocer

la noticia y pensar que pude estar sentado al lado de la víctima, o en la taquilla codo a codo con el asesino. Salvo haber compartido la misma sala con Elisa, no tenía nada de qué asirme para resolver el enigma. Las cuatro mujeres habían dejado los cines aparentemente solas y ninguno de los empleados recordaba que las hubiera abordado algún extraño. Las dos primeras habían muerto en los alrededores de la Cadena Cinema, la tercera cerca de un cine de películas eróticas, y Elisa, a dos cuadras del Cine Liberty. Escribí un resumen de mis lecturas y luego llamé a Doris Fabra, una amiga de la Policía de Investigaciones con la que a veces intercambiaba antecedentes sobre nuestros casos. Ella sabía más datos de los que aparecían en los diarios y no tuvo reparos para compartir su información.

Cristina Pérez, la primera de las víctimas, trabajaba de secretaria en una importadora de autos. Tenía treinta años y vivía en una pensión ubicada en la calle Catedral. No tenía amigos y en su oficina estaba bien conceptuada, aunque la tenían por una persona huraña que casi no compartía con sus compañeras de trabajo y pocas veces contaba algo de su vida privada. La segunda víctima se llamaba Fresia Calbert. Estudiaba sociología en la universidad y la noche de su muerte había esperado en vano a su pololo, un empleado bancario que fue retenido por un asunto urgente en su trabajo. La pareja llevaba tres años de romance y esperaba contraer matrimonio a la brevedad, en cuanto el novio fuera ascendido a jefe de sucursal. Gina Urzúa, la mujer asesinada a la salida del cine erótico, había estado casada con un vendedor viajero. No tenían hijos y sus vecinos aseguraban que los días en que su esposo andaba de viaje, solía llegar tarde a su departamento. Consultado sobre sus gustos cinematográficos, el esposo negó conocer las aficiones eróticas de su pareja y se mostró tan sorprendido como la policía. Se investigaban sus posibles amistades fuera del hogar, pero todas las preguntas conducían a un idéntico túnel sin salida. Con relación a Elisa Campos, mi amiga Doris confirmó la información entregada por la madre de la víctima. Nada parecía unir a las cuatro mujeres, salvo la muerte y el hecho de que el victimario había atado un trozo de película alrededor de sus cuellos.

Visité la Cadena Cinema. Los empleados no querían responder mis preguntas, y solo uno de ellos, un muchacho a cargo del aseo de las salas, confesó que la administración les tenía prohibido conversar del tema con extraños. Interrogué a los dependientes de un par de tiendas, a dos quiosqueros y concluí que no había mucho que hacer en el lugar. Pedí una gaseosa en el cafetín instalado frente a la boletería y mientras la bebía contemplé a los espectadores que, como una tropilla destinada a la engorda, entraban a las salas portando grandes bolsas de cabritas, bebidas y galletas. Enseguida, busqué el auto estacionado en subterráneos del cine y regresé a mi barrio.

3

Hice un par de llamadas telefónicas desde mi oficina y salí hacia la sala donde había asistido a su última función la tercera de las víctimas. Pregunté por ella al empleado que vendía las entradas y sus respuestas sirvieron para ratificar que la mujer era una espectadora frecuente y que siempre iba sola. El cine estaba en medio de una galería comercial, al final de un pasillo atestado de tiendas de ropa para guaguas y peluquerías. La cartelera anunciaba títulos como *La insaciable profesora* y *Nalgas implacables* y dentro de la sala los espectadores seguían atentamente los desplazamientos de una rubia de pechos desbordantes. En el lugar flotaba un fuerte olor a sudor. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra distinguí en la segunda fila a una mujer que estaba sola y parecía observar con interés las imágenes proyectadas en la pantalla. Consulté la hora en mi reloj. Restaban veinte o treinta minutos para el fin de la película que cerraba el programa del día.

Cuando se encendieron las luces, la mujer caminó cabizbaja hacia la salida y se detuvo un instante frente al afiche de una película que estrenarían en dos semanas. Parecía esperar a alguien, pero me equivoqué. Luego de un rato, encendió un cigarrillo y se puso a caminar. Fui tras de sus pasos mientras ella entraba a la galería comercial. A los pocos minutos advertí que un hombre la seguía. Era joven y alto. Vestía una campera de cuero y pantalones ajustados. La mujer no se dio cuenta que el extraño la perseguía como una sombra. Salió de la galería y cruzó la Plaza de Armas. Se detuvo frente a un artista que ofrecía sus óleos y el extraño se ubicó a sus espaldas. Lo vi buscar algo en sus bolsillos y me preparé a observar el brillo de una navaja. La mujer preguntó algo al artista y enseguida retomó su marcha. El hombre la imitó. Avanzaron por el Paseo Ahumada y antes de llegar a la calle Agustinas, la mujer entró a un edificio. El hombre continuó su camino y yo seguí tras él hasta que entró al Café Haití, donde lo aguardaba un amigo.

Regresé al cine a la semana siguiente y volví a ver a la mujer. Nadie la siguió al término de la función. Continuaba sin una pista de la cual asirme, salvo la certeza de que en todos los casos el asesino era uno solo y que, tarde o temprano, abandonaría su anonimato. Durante un mes recorrí otras salas y en dos oportunidades volví al Liberty con la esperanza de encontrar a una mujer sola. En una de ellas, mientras miraba los carteles expuestos en la entrada, descubrí que había pasado por alto un detalle.

4

—Pierdes el tiempo, Heredia —dijo Doris Fabra, desanimada—. El asesino ha tenido el cuidado de borrar todas sus huellas. Mis colegas y yo llevamos varios meses investigando y no hemos averiguado nada. He llegado a pensar que es un maldito fantasma aficionado a las películas y las mujeres solas.

Nos habíamos reunido en su oficina y sobre el escritorio estaban los trozos de película encontrados junto a las mujeres asesinadas. Las examiné con atención. Ninguna de las imágenes me dijo nada.

—¿Qué pensabas encontrar en esas películas? —preguntó Doris.

—El asesino las dejó junto a los cuerpos de sus víctimas por alguna razón. ¿Desafío para el ingenio de la policía? ¿Una pista para ser atrapado?

—Temo no compartir el mismo entusiasmo. Has visto muchas veces las películas de Hannibal Lecter.

—Un asesino en serie busca llamar la atención para demostrar que es más astuto que la policía o posibilitar su captura. Quisiera que un amigo cinéfilo viera los fragmentos de las cintas.

—La verdad es que el asunto nos tiene bastante cabreados. Los periodistas nos cargan las tintas y en cada una de sus crónicas quedamos como chaleco de mono. Por un par de días nadie echará de menos las películas. Cuando las desocupe, me las devuelve y seguimos tan amigos como siempre.

—¿Amigos, nada más? —pregunté, al tiempo que observaba sus atractivos labios rojos.

Eliseo Cenzano escribía comentarios de cine para varios diarios y revistas, utilizando los seudónimos de *Nickolson* y *Valentino*. Su departamento estaba atestado de cintas de vídeo, afiches de películas y biografías de artistas famosos. Podía recitar sin esfuerzo los créditos de cualquier largometraje y en un lugar destacado de su biblioteca tenía enmarcado el autógrafo que su padre le había pedido a Humphrey Bogart, cuando el protagonista de *Casablanca* filmaba *Cayo Largo*.

—¿Puedes reconocer a qué filmes pertenecen? —pregunté, enseñándole las películas que había dejado sobre su escritorio.

—¿De qué se trata? ¿Un concurso?

—Curiosidad, solo curiosidad.

—¿En que lío estás metido?

—Un lío oscuro. Para resolverlo necesito de tu buena memoria.

Cenzano tomó una de las películas y la miró a contraluz.

—*El fugitivo Josey Wales* —dijo, sonriendo—. La dirigió y protagonizó Clint Eastwood en 1976.

Anoté el nombre de la película en un papel, mientras Eliseo tomaba con sus manos regordetas el segundo trozo de celuloide.

—*Educando a Arizona* de los hermanos Joel y Ethan Coen —agregó casi de inmediato.

—¡Hasta ahora vas bien!

Cenzano comenzó a mirar el tercer trozo de película, sin prestar atención a mis palabras.

—*La Pandilla Salvaje* de Sam Peckinpah. Uno de mis directores predilectos. También filmó la novela *The Getaway* de Jim Thompson.

—Queda una —dije y esperé a que mi amigo terminará su trabajo.

—*Splendor* de Ettore Scola —sentenció el crítico. La próxima vez que quieras probar mis conocimientos, trae algo más difícil.

—Te debo un favor, Eliseo.

—¿Te sirve la información?

—Aún no lo sé —respondí antes de ponerlo al tanto de los crímenes que investigaba.

Al día siguiente fui a la hemeroteca de la Biblioteca Nacional y revisé la información cinematográfica publicada en la prensa durante los dos últimos años. Mientras anotaba los nombres de las películas exhibidas el día que murió la primera mujer, reconocí el cosquilleo que siento cuando estoy a punto de atar los extremos de unos cabos. Salí de la biblioteca y llamé a Doris Fabra desde un teléfono público. Nos encontramos en una fuente de soda ubicada en la calle Nataniel, al lado del antiguo cine Continental, donde años atrás había visto *Taxi Driver* y estaba convertido en un templo evangélico, como la mayoría de los viejos cines de Santiago.

Doris Fabra escuchó en silencio y luego movió la cabeza, no muy convencida de mis ideas respecto a los asesinatos.

—¿Qué lo hace sentirse tan seguro? —preguntó finalmente.

—El cosquilleo en las manos.

5

Transcurrieron algunas semanas y en el cielo comenzaron a desfilar las nubes, anunciando el arribo del invierno con su carga de lluvias que anegaban las calles y hacían trabajar horas extras a los alcaldes. Nuevos casos seguían llegando a mi oficina, y en mis ratos libres buscaba los rastros del asesino de las cuatro mujeres.

Nunca antes había ido tanto al cine como durante esas semanas y comenzaba a creer que la pista encontrada en los carteles del Liberty solo era una mala jugada de

mi imaginación. Sin embargo, los afiches y las respuestas de Cenzano podían más que mis dudas. Había escrito un nombre en mi añosa libreta de apuntes y debía esperar a que el sospechoso decidiera atacar una vez más.

Era de noche y una espesa niebla caía sobre Santiago. Me arrellané en la misma butaca que había ocupado en los últimos días. Proyectaban un largometraje de Woody Allen y en la platea había una centena de espectadores que reían a mandíbula batiente. En la cuarta fila estaba sentada una mujer. La había visto entrar con una barra de chocolate en las manos. Era joven, y en su manera de caminar, con los hombros inclinados hacia adelante, advertí algo triste, desganado. Tal vez era la mujer que el asesino y yo esperábamos. Intenté prestar atención al filme, pero constantemente mi mirada se desvió hacia la silueta femenina. La ansiedad, sentada a mi lado, me abrazaba. Jamás una película me pareció tan larga. Miré hacia la cabina de proyección y me cegó el haz de luz que emergía de su ventanilla. Intenté reconocer los rostros de la gente que estaba a mi alrededor y por algunos segundos acaricié la pistola que portaba en mi chaqueta.

La película llegó a su fin. Esperé a que los espectadores se pusieran de pie y concentré mi atención en la mujer. Ella no tenía prisa. Permaneció sentada unos minutos y luego, con el mismo desgano de unas horas antes, buscó la salida.

Caminé tras ella. En la calle continuaba lloviendo, pero eso no parecía molestar a la mujer, que se detuvo en dos ocasiones a mirar las vitrinas iluminadas de unas tiendas. Fue entonces cuando advertí la cercanía del hombre. Conocía su nombre desde hacía un mes, y algunas tardes lo había observado cuando llegaba a su trabajo, puntual y con aparente entusiasmo. Era alto, desgarbado y usaba gafas de marcos negros. La mujer dobló en una esquina, internándose por una vereda solitaria y mal iluminada. El hombre la siguió y yo fui tras él, procurando no despertar sus sospechas.

Se abalanzó sobre ella al llegar frente a una casa abandonada. Escuché un grito entrecortado y pensé que no alcanzaría a evitar el quinto homicidio. Avancé al encuentro del asesino, y éste, al escuchar mis pasos, soltó a su víctima y comenzó a correr.

—Quédese donde está —grité a la mujer que miraba a su alrededor sin comprender cabalmente lo que sucedía.

El agresor no llegó muy lejos. Lo alcancé antes de llegar al final de la cuadra, y le asesté un golpe en la espalda. Trastabilló. Dio un paso incierto y cayó de rodillas sobre la vereda.

—Terminó la función, Vicente Pérez —dije, al tiempo que le apuntaba con la pistola.

Lo miré a los ojos, y él bajó la mirada, apesadumbrado.

—Quiero ver lo que trae en los bolsillos —agregué.

Obedeció y puso en el suelo algunas monedas, un pañuelo azul, dos biromes y un pequeño rollo de película.

6

—Riesgos innecesarios —dijo la mujer policía—. ¿Por qué no me dijiste lo que pensaba hacer?

Estábamos en el bar *Olímpico*, en la calle Morandé. A nuestro lado, Cenzano seguía con interés la conversación.

—Deseaba atraparlo en acción, con las manos en la masa, o en el cuello para ser más preciso.

—¿Cómo supiste que era él? —preguntó Cenzano.

—Por las películas que reconociste. Leí la programación de los cines durante los dos últimos años y descubrí que las cuatro películas habían sido exhibidas en el Liberty. El resto fue relativamente fácil. Investigué a quienes tenían acceso a la cabina de proyección. Al principio sospeché del operador. Lo seguí varias noches, averigüé sus antecedentes y concluí que no podía ser el culpable. En los días de los asesinatos de las tres primeras mujeres estaba trabajando. En cuanto al asesinato de Elisa, es imposible que al terminar la proyección hubiera tenido tiempo para abandonar la cabina y seguirla. El hombre tiene un defecto en la pierna izquierda y renguea.

—¿Entonces, qué hiciste? —volvió a preguntar Cenzano.

—El encargado de transportar las películas también tenía acceso a la cabina de proyección. Como tú sabes, la copia de una película se exhibe en varios cines a la vez y siempre hay alguien a cargo de trasladar los rollos. Supe que la proyectora del Liberty es antigua y que las cintas suelen cortarse y perder algunos metros. Las películas se pegan con acetona y los cortes van a dar al basurero. Vicente Pérez era el encargado de vaciarlos.

—Confesó de inmediato —intervino Doris—. Deseaba ser descubierto. Por eso dejó el celuloide atado en los cuellos de sus víctimas. Al comienzo dijo que buscaba provocar pánico entre los espectadores de las grandes cadenas y de las salas de películas eróticas, que son las que han quitado clientela al Liberty. La sala funciona de milagro; por la empecinada nostalgia del dueño que se niega a pedir la quiebra del negocio. No tiene futuro y lo más seguro es que la sala termine transformada en farmacia o sucursal bancaria. Pérez temía quedar sin trabajo. Sin embargo, el psicólogo que lo examinó dijo que eso es falso. Pérez tiene acentuados rasgos de psicópata.

—Eso explica que matara a una espectadora del cine donde trabajaba —comenté —. No pudo controlar su instinto asesino.

—Es la misma conclusión del psicólogo que elaboró el informe sobre la personalidad de Pérez —dijo Doris, y luego de beber un sorbo de cerveza, agregó—: Fue buena tu corazonada, Heredia. Debí creer en ella desde el inicio.

—Ahora solo me queda conversar con la madre de Elisa Campos.

—Solo por curiosidad —interrumpió Cenzano—. Los fotogramas que portaba

Pérez al ser descubierto, ¿a qué película pertenecen?

—*Sed de Mal* de Orson Welles —respondí—. Son de la escena en que muere el corrupto Hank Quilan.

Muchos gatos para un solo crimen

—¡Gatos! Su problema son los gatos, Sotelo —dijo Heredia, molesto con el frío que se colaba por la ventana y lo cubría como el abrazo de una gorda seductora. Sotelo lo observó con desdén. El detective mordió con rabia el cigarrillo que tenía entre sus labios, mientras maldecía tener que escuchar historias ajenas en una tarde fría y lluviosa, ideal para sentarse junto a un buen fuego, con una gorda novela de Wilkie Collins entre las manos. Suavizó su rabia con el recuerdo de la copa de vino que había bebido en el almuerzo y con resignación pensó que las historias ajenas eran su problema, y el de Sotelo, los gatos.

Días atrás había llegado a su despacho el doctor González, el veterinario al que solía encontrar en el Touring Bar.

—Huele mal —había dicho el veterinario al entrar en la oficina.

—¿Qué no huele mal en estos tiempos? —retrucó Heredia.

—Abrir la ventana sería un buen negocio —agregó González, indicando el horizonte ceniciento que desembocaba en la calle Aillavillú, a media cuadra de La Piojera, restaurante al que Heredia solía pasar a beber una copa de vino y escuchar a los cantantes de rancheras que revoloteaban entre las mesas de los clientes.

—También lo sería cerrar la puerta para siempre —contestó Heredia, desanimado.

—¡Malas noticias! —exclamó el veterinario, sin prestar atención al comentario.

—¿Subió el precio del petróleo? ¿El dólar se fue a las nubes? ¿Los chilenos no han establecido ningún récord Guiness en la última semana?

—No es asunto de bromas. Se trata de tu gato. El que llevaste a la consulta para que lo examinara.

—El gato de la señora Rosario.

—¡Da igual! Los gatos que tenía en mi consulta para operar o despulgar están muertos. Incluido el de tu vecina.

—¡Diablos!

—¿No se te ocurre nada más original que decir?

—¡No conoces a doña Rosario! Va a poner el grito en el cielo.

—Ni tú conoces a mis clientes. No sé qué les voy a decir.

Heredia evocó por unos segundos la imagen de la anciana cascarrabias, escuchó en silencio la explicación del veterinario, y después siguió a González hasta su consulta. Los gatos —ocho en total— yacían despanzurrados en el suelo. Papá Goriot, el de la señora Rosario tenía las vísceras expuestas, acusando el trabajo de un carnicero nervioso o con mucha prisa. Sus ojos abiertos atisbaban el paso de un ratón en algún desván del más allá.

—No he tocado nada —dijo González.

—Ni yo quisiera hacerlo —respondió Heredia, al tiempo que buscaba en su impermeable su cajetilla de Derby.

—¿Qué pasó? ¿Robaron algo?

—Todo está en su sitio. Tal como lo dejé ayer, después de atender al último de mis clientes: un mono de circo que necesitaba un cambio de dieta.

—¿Solo mataron gatos? —preguntó Heredia, y al obtener una respuesta afirmativa, tomó el cuerpo de Papá Goriot y lo metió dentro de la bolsa que encontró encima de una mesa.

—¿Quién se beneficia con la muerte de los gatos? ¿La competencia?

—Soy el único veterinario del barrio.

Dejó a González ordenando la consulta y se encaminó al bar más cercano a beber una Austral. Le gustaban los gatos, y la muerte de ocho de ellos, junto con entristecerlo, le parecía algo cruel y sin sentido. Decidió investigar el asunto, aunque solo fuera para encontrar una explicación que aplacara el enojo de la señora Rosario. Terminó la cerveza y se fue a su oficina, donde estuvo toda la tarde pensando en el caso, sin otro resultado que un leve dolor en las rodillas, indicio de que seguiría lloviendo sobre Santiago.

La campanilla del teléfono lo sacó de sus cabildeos. Tomó el fono y reconoció de inmediato la voz de González.

—Solo puedo pensar en tus clientes. Debe haber entre ellos alguno extraño. ¿Te has fijado en ellos? Ojos de loco, manos crispadas, cejas espesas. Cualquier cosa que delate a un depravado.

—Nunca me había ocurrido algo igual. Mis clientes son personas tranquilas. La mayoría trae sus regalones cuando están enfermos o necesitan vitaminas. Todos normales, salvo uno. Un tipo de apellido Gómez. No lo conozco personalmente, pero estoy seguro que debe estar forrado en billetes. Semanalmente viene alguien y deja un gato que al día siguiente él manda a retirar. Paga bien y lo que pide es muy poco. Hasta hoy no había pensado en lo extraño de su comportamiento.

Heredia durmió mal esa noche. No se había atrevido a contar lo sucedido a la señora Rosario y en sus sueños aparecieron una infinidad de gatos dispuestos a rasguñarle el rostro. Se levantó apenas las primeras luces del alba se asomaron por la ventana y preparó su desayuno con el entusiasmo de un autómata. Después salió a la calle y se puso a caminar sin rumbo fijo. Había llovido por la noche y las veredas estaban cubiertas de charcos. Junto a la puerta principal del edificio lo esperaba la casera con el cobro de la renta del mes. Le entregó un par de billetes de diez mil pesos y prometió cancelar el resto del arriendo en el transcurso de la semana.

—Quirománticos, escritores y un detective. Nunca he arrendado el departamento a alguien en su sano juicio —dijo la casera mientras observaba los billetes que cubrían una cuarta parte del valor de la renta.

Heredia encendió un cigarrillo y caminó hasta la librería del viejo Quiroga, un jubilado de Correos al que visitaba cuando su ánimo estaba tan seco como la bota de un explorador. Lo encontró reclinado sobre un escritorio, aspirando una pipa que debía tener más años que las cananas de Pancho Villa.

—Buenos días, Heredia —saludó el librero, esgrimiendo una sonrisa de dientes

nicotinosos.

—Para usted serán buenos, lo que es a mí me comen las ratas.

—¡No es tan viejo para arrastrar tanto desencanto!

La librería era confortable. Sus estantes repletos le daban un aspecto familiar y una salamandra repartía su aliento cálido por todos los rincones del lugar. A esas bondades, Heredia añadía las copitas de aguardiente que el librero convidaba a sus clientes preferidos.

Esa mañana Quiroga leía a Chejov, alimentando su devoción por los escritores. Heredia lo dejó hablar sin interrumpir. La voz del librero era la música adecuada para el discurrir de sus pensamientos y le recordaba a un escritor amigo que aseguraba necesitar el bullicio de una transmisión deportiva como fondo a sus momentos de inspiración. De Chejov pasó a hablar de narcotraficantes colombianos, y finalmente derivó a las hazañas de un tal Papillón, asiduo visitante de las peores cárceles del mundo.

—Presos, fugas y un carajo —se dijo Heredia mientras recorría el camino de regreso a su oficina—. Quiroga tiene la cabeza llena de letras.

Transcurrieron algunos días sin novedad. Entrevistó a los vecinos de González y nadie, a excepción de un muchacho que atendía una tienda de antigüedades, había visto algo.

—Vinieron dos hombres. Golpearon varias veces y después se fueron —dijo el muchacho poco convencido de la condición de investigador privado aducida por Heredia antes de comenzar sus preguntas.

—¿Algo especial?

—Vestían cotonas azules que tenían grabado el nombre Figuret.

—¿Figuret?

Obtuvo la respuesta por la noche, en el catálogo de una cadena comercial en el que agraciadas modelos promovían una colección de bikinis. El nombre Figuret saltó de las páginas en colores. Por un instante, concentró todas sus energías en observar las caderas cimbradas de las modelos. Se imaginó descorriendo aquellos mágicos tules que describían Las Mil y Una Noches y con mucho esfuerzo retornó a la realidad y pensó en la posibilidad de haber encontrado una pista.

A la mañana siguiente averiguó la dirección de la fábrica Figuret y pasó a saludar a González. Comentaron la visita de los hombres vestidos con cotonas y estaban por despedirse cuando entró a la consulta un joven rubio y delgado. Dentro de una jaula traía un gato siamés de profundos y atemorizados ojos negros.

—Es del señor Gómez —dijo—. Debí traerlo hace unos días pero tuve un lío en mi viaje desde Mendoza.

Heredia tuvo la impresión de que el joven hablaba demasiado. No hizo comentarios a González, pero cuando el extraño dejó la consulta le preguntó sobre las

atenciones que prodigaba a los gatos de Gómez.

—Un examen general, vacunas y baño.

—¿Qué hace ese tipo con tantos gatos? —se preguntó, y sin una causa que lo justificara, recordó la última conversación con Quiroga. La fortuna hacía tintinear sus campanas. Se despidió del veterinario y apuró sus pasos en dirección a la librería.

Hablaron de Papillón. El vendedor de libros repitió su historia acerca de la forma en que los presidiarios ocultaban su dinero. Conseguían un tubo de aluminio, ponían en su interior los billetes y se lo introducían en el ano. Así, aseguraban sus ahorros hasta el siguiente paseo a las letrinas.

El tema no era el más apropiado para conversar cerca de la hora de almuerzo, pero en el relato del librero, Heredia intuyó una pista. Pidió prestado el teléfono a Quiroga y debió repetir tres veces las instrucciones para que González aceptara cumplirlas.

—Se puede enfermar —dijo el veterinario.

—Hazlo —ordenó Heredia—. Pasaré a tu consulta en dos horas más.

Dos horas es poco tiempo si uno está a solas con la mujer de sus sueños, pero para alguien que no tiene nada que hacer es un infierno que dura siete mil doscientos segundos, lentos y monótonos. Caminó por el barrio, fumó seis cigarrillos y solo consiguió acrecentar su impaciencia. Cuando el tedio estaba próximo a vencerlo, se cumplió el plazo y sin pensarlo dos veces se encaminó a la consulta del veterinario.

—Hice lo que me pediste y no me gustó el resultado —comentó González al verlo entrar—. El gato chilló como contratado y luego se cagó en todo el consultorio.

—¿Y?

—Botó esto —agregó González mostrando un envoltorio plástico semejante a un pequeño preservativo y que en su interior contenía un polvo blanco.

Heredia abrió el envoltorio e introdujo un dedo. Untó su lengua con el polvo y sonrió.

—Cocaína.

Gómez recibió a Heredia de mala gana. Tenía un negocio de filatelia y su aspecto era el de un amable profesor jubilado. Sus ojos necesitaban el auxilio de unos lentes gruesos y una barba canosa se alargaba hacia su pecho. Oculto tras una ventanilla, había observado con inquietud el aspecto empobrecido del detective.

—Esto le pertenece —dijo Heredia, arrojando sobre un escritorio la bolsa que contenía al gato siamés adormecido.

—¿Qué significa? —preguntó Gómez.

—Que ya basta de hacer jugarretas a mi amigo González.

—No entiendo.

—La policía pisa mis talones —mintió Heredia—. Su tráfico de drogas ha quedado al descubierto. Pura casualidad. Su emisario demoró unos días en dejar el

gato en la consulta de González. En el intertanto, alguien que estaba enterado del tráfico e ignoraba la demora del mensajero, quiso pasarse de listo y entró a la consulta. Desconocía las características del gato y debió sacrificar a ocho animalitos antes de darse cuenta que no estaba el que buscaba. Una lástima para él y los gatos.

—Nada tengo que ver con eso.

—Pedí a González que le aplicara un purgante —dijo Heredia—. Lo que botó está a buen recaudo.

—¿Qué quiere? ¿Dinero? —preguntó Gómez.

—El nombre del listillo que ordenó faenar los gatos.

—¿Cómo lo puedo saber? —preguntó Gómez, resignado a la verdad—. Los culpables pueden ser varios.

—Su sistema de contrabando es muy particular. Difícil de concebir de buenas a primeras, y siendo así, solo debe ser conocido por quienes participan en él. Un ayudante o un socio. ¿Le dice algo el nombre Figuret?

—¡Sotelo! —gritó Gómez sin contener su ira.

Heredia sonrió al tiempo que sacaba un cigarrillo de su chaqueta y se acomodaba en la silla que Gómez no se había molestado en ofrecerle. Dejó que una amplia bocanada de humo invadiera la habitación y escuchó las explicaciones del traficante.

—Su problema son los gatos, señor Sotelo —insistió Heredia después de relatar al empresario el modo en que había determinado su responsabilidad en la muerte de los gatos.

—¡Nunca debí confiar en Gómez! —exclamó Sotelo, y de inmediato, en voz baja, agregó—: Supongo que podemos hacer un trato.

—Es posible —contestó Heredia sintiendo que el sudor de la codicia le acariciaba la frente—. Todo es negociable en estos tiempos neoliberales.

—¿Cuánto? —inquirió Sotelo.

—Lo que valen los gatos, las molestias del doctor y mi trabajo.

Sotelo ajustó el nudo de su corbata, miró a Heredia y con un ademán ágil extrajo de su escritorio un talonario de cheques. Escribió una cifra con abundantes ceros, firmó el documento y lo puso sobre la cubierta del mueble, a una distancia que obligó a Heredia a moverse para cogerlo.

—Es usted generoso, Sotelo —comentó mientras pensaba en el nuevo gato que le compraría a la señora Rosario.

—Soy un hombre de negocios y me alegra verlo satisfecho, aunque al parecer se está olvidando de un pequeño detalle.

Los malditos detalles siempre son pequeños, pensó Heredia, recordando el diccionario de lugares comunes que recopilaba un amigo profesor. Se puso de pie y sacó de su chaqueta la bolsa plástica descubierta por González. Suavemente la dejó sobre el escritorio y sin agregar nada abandonó el lujoso despacho del empresario. Al llegar a la calle, se cruzó con Bernales, un policía amigo al que había puesto en

antecedentes de lo acontecido con los gatos.

—Tiene polvo como para hacer volar elefantes —dijo al policía.

Bernales dio instrucciones a los subordinados que le acompañaban y despidiéndose de Heredia avanzó resueltamente hacia la oficina de Sotelo. El detective aguardó a que los hombres desaparecieran y con paso calmo se encaminó a un bar que estaba cruzando la calle.

—Vino tinto —solicitó al mozo que llegó a atenderlo. Se abrigó dentro de su chaqueta y pensó en las modelos retratadas en el catálogo de la tienda comercial. Sin ningún motivo especial, se le antojó que una de ellas debía llamarse Laura, como la heroína de una novela de Vera Caspary. Quince minutos más tarde vio a Sotelo abandonar su oficina en compañía de Bernales y sus hombres.

Alzó su copa y bebió a la memoria de Papá Goriot.

Heredia y su gato Simenon

Heredia es un detective privado que habita un departamento ubicado en uno de los más viejos barrios de Santiago, situado en las proximidades del río Mapocho, que cruza por el centro de la ciudad, a pocas cuadras de la Plaza de Armas. Es un lugar arrabalero —colorido de día, peligroso de noche— pleno de atractivos, tanto por las historias que han acontecido en él, como por los personajes que alberga en la actualidad, en un espacio ocupado por un sinfín de mercados, tiendas, restaurantes, cabarés y bares. Tradicionalmente ha sido llamado el «barrio bravo» de Santiago, y en otra época —en los años 20 y 30 del siglo pasado— fue el alero bajo el cual se cobijó la bohemia literaria chilena, en bares y tabernas a las que concurrían Pablo Neruda, Juvencio Valle y Diego Muñoz, entre otros escritores que hoy en día son referencias obligadas en la literatura chilena, y que entonces eran jóvenes provincianos recién llegados a la gran capital.

Heredia —personaje sin nombre de pila, o mejor dicho, con un nombre que nunca se menciona— nació el año 1985, cuando escribí la novela: *La ciudad está triste*, en donde, como el título lo sugiere, aparece el retrato de una ciudad —Santiago de Chile — desdibujada por los tonos oscuros de la dictadura que se vivía en ese tiempo. Desde entonces, sus andanzas e investigaciones han continuado en otras novelas.

Heredia ama Santiago, sus barrios tradicionales y su gente. Es un gran aficionado a la lectura y a las citas literarias, dos herencias que rescata de don Quijote de la Mancha, el personaje de Cervantes. Ha sido caracterizado como un sujeto sensible, melancólico, testigo de las heridas de un Chile maltrecho por los años de la dictadura. Dueño de un humor negro muy particular, de espíritu crítico y marcado escepticismo, cuyo deambular se da por las calles de un Santiago opaco, tristón, pero cargado de vitalidad, donde todo puede suceder y el crimen está a la vuelta de cualquier esquina. Su principal —y a veces única compañía— es un vagabundo gato blanco llamado Simenon, en homenaje al magnífico escritor belga, creador del célebre inspector Maigret. Con su gato Simenon, Heredia sostiene diálogos que le sirven para reflexionar acerca de sus inquietudes existenciales o sobre los detalles de los crímenes que investiga. También, los dichos del gato actúan como un aguijón crítico para las acciones de Heredia o para sus dudas, y no pocas veces, en esos diálogos Heredia encuentra las claves que le permiten seguir con acierto una pista o sus intuiciones.

El gato Simenon nació en la segunda novela de Heredia —*Solo en la oscuridad*, publicada en Buenos Aires, el año 1992— y su nombre se debe al hecho de que al llegar por primera vez el gato a la oficina de Heredia, se instaló a dormir sobre los ejemplares de las obras completas de Georges Simenon que el detective mantiene entre sus lecturas habituales, y en un rincón de su desordenada biblioteca. Al final de la novela antes mencionada, cuando está a punto de llegar un año nuevo, el detective

relata lo siguiente:

… En mi departamento no encontré a nadie más que a Simenon. Busqué en la alacena la lata de comida para «gatos inteligentes» que comprara el día anterior y se la serví en un plato. Simenon la atacó a lengüetazos y luego se entretuvo en limpiar sus bigotes hasta que el reloj marcó la medianoche.

Recorrí el departamento buscando a quien abrazar, y no había nadie. Cogí la botella de whisky que me regalara Andrea para la navidad, y llené mi copa y el platillo de Simenon.

—Emborrachémonos, gato —le dije—. La soledad no es un buen negocio.

En las primeras novelas donde aparece Simenon, el gato no habla, o mejor dicho, Heredia no imagina que puede hablar con su gato, pero a partir de *Nadie sabe más que los muertos* los diálogos se incrementan y constituyen una parte significativa en el desarrollo de las novelas, y un ingrediente que algunos lectores buscan de modo especial, por el despliegue de humor e ironía que en ellos se hacen y porque también contienen muchas de las reflexiones que configuran el perfil psicológico de Heredia. Un ejemplo de éstos diálogos es el que se da en el siguiente pasaje de la novela *Los siete hijos de Simenon.*

En la oficina me esperaba Simenon y cuando lo sentí enroscarse entre mis piernas pensé en un tango que decía: «Solo cuento con la compañía de un gato que al cordón de mi zapato lo destroza con placer».

—Desde que te conozco solo usas mocasines —dijo Simenon—: Mocasines y tus malditas citas.

—¿A quién le importan esos detalles? «A mis soledades voy, de mis soledades vengo».

—Recordar a Lope de Vega no es un buen síntoma. ¿Tan mal están las cosas?

—Los días pasan y no dejan nada a qué asirse. No es fácil aproximarse a los cincuenta años y mirar hacia atrás, como al vacío.

—¿Qué te puso así?

—La ciudad, el barrio, un hombre que quiso modificar su pasado. ¿No sé? La lista podría ser más larga. Y luego, ese muerto y las ganas de saber qué hay detrás de él. Pero nadie paga por ello.

—No sería la primera vez que gastas las suelas de tus zapatos por nada.

Que el gato compañero de Heredia se llame Simenon, no es casual. Por una parte, en mis novelas suelo incorporar menciones de personajes y de autores que forman parte del mundo de lecturas y afectos literarios de Heredia; y por otra, al dar su nombre a uno de mis personajes principales quise hacer un homenaje a Georges

Simenon, quien es uno de los autores fundamentales de la novela criminal. Él, junto a Raymond Chandler y Osvaldo Soriano, son los autores que he tenido más presentes en mi oficio de escritor. De Chandler aprendí el sentido ético de la novela policial; de Soriano la posibilidad de transgredir los códigos del género para hacer literatura policiaca con acento y sabor latinoamericano; y de Simenon aprendí que la esencia de la novela policial no está tanto en el enigma sino en crear personajes convincentes y en evocar ambientes que den color local y verosimilitud a las historias.

Siendo adolescente comencé a leer las novelas de Georges Simenon —junto con las obras de Alejandro Dumas, Charles Dickens, Ernest Hemingway, Jack London y Francisco Coloane— cuando en las largas tardes invernales de mi ciudad natal, Punta Arenas, ubicada junto al Estrecho de Magallanes, iniciaba mi aprendizaje en el oficio que más me gusta: el de lector a tiempo completo. Entonces no imaginaba que en el futuro escribiría mis propios relatos, que muchos de ellos estarían definidos por los códigos de la apasionante literatura policial, y que crearía un personaje —flojo, impertinente y gruñón— al que llamaría Simenon.

No recuerdo el título de la primera novela de Simenon que leí, pero sí que las andanzas de Maigret me cautivaron por sus ritos cotidianos, sus manías de fumador, sus descripciones de París y su mirada siempre atenta para caracterizar a cada uno de los personajes con lo que se enfrenta en sus afanes policiacos. Desde entonces siempre leo y releo las novelas de Simenon, y en mi biblioteca ocupan un lugar de privilegio, siempre al alcance de mis manos cuando quiero reencontrarme con Maigret y sus andanzas. Junto a sus novelas de Maigret, me atraen muchas de las otras escritas por Simenon, y entre las cuales, *Carta a mi juez* y *El hombre que miraba pasar los trenes* son dos de mis favoritas.

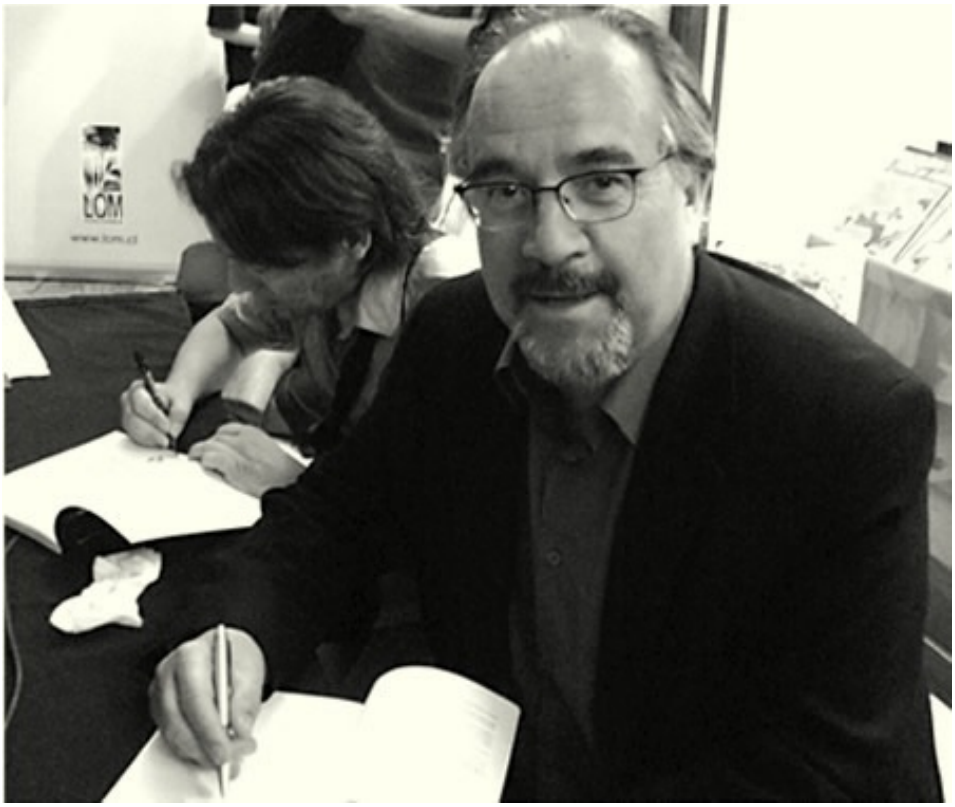
Lo que más me atrae en Simenon y en su comisario Jules Maigret es la mirada humana, solidaria, que da al mundo del crimen y sus personajes. Su comprensión del medio en que se da un hecho criminal, la manera como describe los personajes y los aproxima a los sentimientos de los lectores. De ese modo, no es extraño que uno se sienta amigo de Maigret, que lo acompañe hasta su oficina y comparta sus meditaciones o el humo de su pipa, que se acerque a él cuando bebe una copa de Calvados en un bar de barrio, o sueñe con ser invitado a cenar a su casa para disfrutar de las dotes culinarias de madame Maigret. Tampoco es extraño que uno conserve en la memoria a sus personajes como la muchacha que lo espera a la salida de su despacho, en la novela *Cecilia ha muerto*, o a sus ayudantes, los inspectores Lucas, Janvier, Laponte y Torrence. Simenon, en todas sus novelas, no solo fue capaz de crear intrigas atractivas, sino que además, y en primer lugar, tejió una red de personajes entrañables, comparables a los de Balzac y Alejandro Dumas.

Durante muchos años la imagen que tuve de París era la descrita por Simenon para ambientar las investigaciones de Maigret. Y hace unos años, cuando tuve la oportunidad de viajar a París, llevaba en mi memoria los nombres de muchos de los lugares señalados por Simenon en sus novelas. Nada sabía del ordenamiento de la

ciudad ni de la forma de llegar a un punto u otro de ella, y sin embargo, un simple hecho me hizo recordar que estaba en la ciudad de Maigret. Sin haber recorrido aún nada de la ciudad, salí del hotel en que alojaba, abordé el Metro y luego de andar en él diez o quince minutos, elegí al azar una estación en la cual descender del tren y volver a la superficie. Y al hacerlo, me encontré con dos imágenes. Una, la del cielo parisino cargado de nubes y presagios de lluvia, y la otra, la de un letrero con la leyenda: *Quai des Orfevres*, el lugar tantas veces citado en la novelas de Simenon y en donde se ubica la oficina en la que el inspector Maigret vive sus aventuras detectivescas. Me pareció algo mágico el hecho de que mi primer encuentro con París fuera asociado a un nombre citado frecuentemente en las novelas de Simenon.

Cuando escribí la primera novela de Heredia no imaginé que iba a tener a mi lado a Heredia por tanto tiempo (veinte años hasta hoy) ni contar con lectores que siguen sus aventuras, visitan los lugares que él habita en la ficción, o me dan ideas para incorporar en las novelas. Pero lo cierto es que él se las ha ingeniado para seguir a mi lado e imponerme sus historias, hasta convertirse —para decirlo a la manera de Paul Auster— en una suerte de «hermano interior» del que me preocupa no tener noticias todo el tiempo y al cual le debo muchas de las satisfacciones que he tenido en el fascinante oficio de crear historias y tratar de que otras personas las compartan.

No sé si a Georges Simenon le hubiera gustado ver su nombre asociado al de un gato. Ni siquiera sé si le gustaban estos animales o si como Guillaume Apollinaire habría dicho: «Deseo que en mi casa haya una mujer razonable, un gato deslizándose entre los libros, y amigos en todas las épocas, sin los cuales no puedo vivir». Heredia sí ama a los gatos, y al más querido de todos ellos lo bautizó Simenon. ¡Cosas de Heredia! Porque él, al igual que Maigret, hoy tiene una vida propia que muchas veces creo más real que la de su autor. Por mi parte, al igual que Georges Simenon (según cuenta Maigret en sus memorias) me gustaría entrar un día al despacho del inspector, admirar su colección de pipas, sus ceniceros, su reloj de mármol negro sobre la chimenea, y decirle: «Veo que usted también fuma en pipa; me gustan los fumadores de pipa».



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día, Obsesión de Año Nuevo, Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste, Nadie sabe más que los muertos, Ángeles y solitarios, Correr tras el viento, Nunca enamores a un forastero, Los siete hijos de Simenon, El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos.* También es coautor de las antologías *Contando el cuento; Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo, Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policíacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.